

LA ORACIÓN Y LA PURIFICACIÓN DEL CORAZÓN

2026

Plática (día 28)

Queridos hermanos, en esta Plática vamos a hablar sobre la oración y la purificación del corazón.

ORACIÓN SENCILLA, ORACIÓN GENUINA.

Para introducirnos en el tema vamos a ver una cierta paradoja, de que la oración debería ser algo más simple de lo que parece, algo más sencillo. De hecho, cuando uno escucha historias como aquella del campesino de Ars que resumía su oración en un decir: «Yo lo miro y Él, —Jesús— me mira y basta»; o aquello de San Juan de la Cruz que entró en éxtasis por sólo escuchar una coplilla que hablaba del deseo de ver a Jesucristo. Cuando uno escucha estas historias y por otra parte, observa todas las discusiones que hay sobre la oración y sobre cómo aprender a rezar, y que se hacen talleres, y que hay grupos de aprendizaje, y que si lo importante es la respiración, o la posición, o la alimentación; cuando uno ve este contraste, no puede menos que extrañarse y plantearse: «¿Qué es la oración?, ¿en qué consiste la oración verdadera y qué hay que hacer para alcanzarla?, ¿qué hay que hacer para rezar bien?»

Seguiremos libremente al padre Alfonso Torres —sacerdote jesuita, director espiritual de Santa Maravillas de Jesús— tomando de varias pláticas suyas sobre la oración¹ predicadas a Carmelitas Descalzas, donde él decía que encontraba un contraste tremendo entre todas esas complicaciones acerca de la oración y lo que de la oración se aprende en la santa sencillez del Evangelio.

Y decía el padre Alfonso:

Cuando el Señor quiere enseñarnos a hacer oración en el Sermón del Monte, nos dice que entremos en nuestros aposentos y hablemos allí con nuestro Padre Celestial².

No hay que ser charlatanes, no hay que hablar demasiado en la oración y, cuando quiere que aprendamos una fórmula suprema de oración, nos enseña el Padre Nuestro y nada más³.

Con esa sencillez trata Jesucristo éste tema de la oración.

Santa Teresa de Jesús, grande maestra de oración, también habla de la oración con muchísima sencillez. Cuando se pone a enseñar oración a sus monjas en el libro «Camino

¹ P. ALFONSO TORRES S.J., *Obras completas. Tomo VII: ejercicios espirituales*. «Vol. 3º: Los valores de la vida contemplativa». La Editorial Católica, Madrid, 1971, p. 230 – 237.

² Mt 6, 6.

³ Mt 6, 9-13.

de Perfección», les dice primero que miren a **Quién** van a hablar y después les explica el Padre Nuestro, sin ninguna de todas las complicaciones que decíamos antes.

Ante la pregunta, ¿cómo hacer para tener buena oración?, encontramos que unos responden que se hará bien —la oración— si se acuden a buenos libros, otros que se hará bien si se usa tal método, otros que hay que aplicar técnicas mentales o de respiración.

Nosotros daremos otra respuesta, y anticipamos una respuesta simplificada: «Que la **oración sea buena**, dependerá de cuán **purificado** esté el **corazón** del que reza». La oración verdadera sólo puede darse en un corazón puro. Hay una estricta relación entre pureza de corazón y oración genuina.

DEFINICIONES DE LA ORACIÓN.

El Catecismo de la Iglesia Católica, numeral **2558**, cuando habla sobre qué es la oración, cita a Santa Teresa del Niño Jesús:

Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría⁴.

En el libro de su vida, Santa Teresa de Jesús (Santa Teresa de Ávila), casi sin querer ha dado una **precisa definición de la oración**. Dice Santa Teresa:

No es otra cosa oración mental —a mi parecer— sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama⁵.

Repito, es muy importante esta definición descriptiva que hace Santa Teresa.

El Beato María Eugenio del Niño Jesús, carmelita descalzo, en el libro «Quiero ver a Dios», explica un poco esta definición teresiana:

Tratar de amistad... es una toma de contacto con Dios, una actualización de la unión sobrenatural que la gracia establece entre Dios y nuestra alma, o también un **intercambio entre dos amores**: el que Dios nos tiene y el que nosotros tenemos por Él. Dios es amor. Nos ha creado por amor, nos ha rescatado por amor y nos ha destinado a una unión más estrecha con Él.

Dios-Amor, siempre en acción, nos solicita y nos espera. Pero Él es inmutable, es nuestro amor el que debe ir hacia Él. La orientación de este amor hacia Dios, su búsqueda amorosa, el encuentro de nuestro amor con Dios-Amor, el trato afectuoso que se establece a continuación: eso es la oración según santa Teresa⁶.

De esto que acabamos de decir —según la explicación del Beato María Eugenio del Niño Jesús— queda claro que al **hablar de amistad con Dios** estamos diciendo que es un **ejercicio de la virtud de la caridad de un alma en gracia y que está buscando unirse cada vez más con Dios**. Por eso, se entiende que es incompatible absolutamente una vida de pecado grave —pecado mortal, muerta a la gracia de Dios— y a una vida de oración. Un alma en ese estado lamentable de pecado grave, justamente, si persevera en

⁴ SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Manuscrit C*, 25r: «Manuscrits autohographiques» [Paris 1992] p. 389-390.

⁵ SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 8.5.

⁶ cf. MARIE-EUGÈNE DE L'ENFANT-JÉSUS, *Quiero ver a Dios*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2002^{4ª}. ed, 68.

querer rezar de verdad, se verá movida a cambiar de vida, a confesarse y a buscar crecer en amistad con Dios mediante la oración. La oración nos sacará de ese estado, porque es incompatible el «tratar de amistad» con el pecado mortal.

La oración, así comprendida, se muestra entonces como un **ejercicio de las virtudes teologales**:

- * Se vive la caridad, puesto que es un trato de amistad.
- * Se vive la esperanza, estando «a solas», vacíos de toda criatura.
- * Se vive la fe, pues se cree firmemente en el amor incondicional que Dios nos tiene, «con quien sabemos que nos ama», decía Santa Teresa.

CLAVE DE LA VIDA DE ORACIÓN: LA PURIFICACIÓN DEL CORAZÓN.

Viene ahora entonces la pregunta: ¿Cómo tratar de amistad ... con quien sabemos que nos ama? ¿Cómo contestar a esta pregunta de una manera profunda y definitiva?

Lo primero que hay que decir es que **para tener una verdadera vida de oración hay que purificar el corazón**. Así sencillamente lo decía el padre Alfonso Torres:

Haremos bien la oración si tenemos el corazón purificado, porque la oración no es más que el resultado de la vida, como el perfume que de ella se saca si la vida está purificada. Es decir, si el corazón está entregado a sólo Dios, la oración será buena lo sepa o no lo sepa quien la hace, y, mientras el corazón ande desordenado, asido a otras cosas y, lo que es lo mismo, no se entregue de lleno al ejercicio de las virtudes, no tendrá bien la oración, aunque emplee todos los métodos que se han escrito.

Es la doctrina de los santos. Es la de Santa Teresa cuando dice que va a enseñar oración a sus hijas en el *Camino de perfección*, y se pasa catorce o quince capítulos enseñando cómo tienen que purificar el corazón, cómo tienen que desprenderlo de todo: **de las cosas materiales, por el ejercicio de la pobreza; del linaje; de los parientes y otras amistades naturales; de la honrilla; hasta de los directores espirituales y confesores, y, en fin, de sí mismas**. Y, cuando ya lleva escritos estos capítulos, se figura que está oyendo cierta queja que le pueden dar sus hijas, porque no está cumpliendo lo que les prometió, que fue enseñarles oración, y responde así —con cierta ironía: «Diréis, mis hijas, que para qué os hablo en virtudes, que hartos libros tenéis que os las enseñen, que no queréis sino contemplación... Pedisteis que os dijese el principio de oración; yo hijas... no sé... así que, hijas, si queréis que os diga el camino, sufrid que sea un poco larga en estas cosas, aunque no os parezcan luego tan importantes, que, a mi parecer, no lo dejan de ser.⁷

Santa Teresa les está diciendo: «No les puedo empezar a hablar de oración si antes no les he hablado del ejercicio de virtudes por el cual se purifica el corazón. ¿Para qué les voy a hablar de oración si no tenéis todavía el corazón purificado?». Eso es lo que en pocas palabras quiere enseñar la Santa.

Continúa explicando el padre Alfonso Torres:

Allí es donde les explica el ejemplo del ajedrez, que así como no se puede dar mate —jaque mate— sin entablar el juego, así no se puede conseguir verdadera oración, no se puede dar

⁷ cf. SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, cap. 16, 1 – 5.

mate al Rey divino, si no se ejercitan las virtudes perfectas, si no se está entregado totalmente a Dios, si no se vive con corazón purificado. Y esto es lo esencial en la doctrina de oración de Santa Teresa.

Escribe más adelante, en el Capítulo XXXII del *Camino de perfección*:

Porque todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador y poner nuestra voluntad en la suya y desasirnos de las criaturas, y tendréis ya entendido lo mucho que importa... Porque sin dar nuestra voluntad del todo al Señor para que haga en todo lo que nos toca conforme a ella, nunca deja beber de ella. Esto es contemplación perfecta, lo que me dijisteis os escribiese⁸.

Si el alma no se purifica totalmente, si no se entrega totalmente a Dios, Dios no la deja beber de Su Voluntad, de Su Divinidad, en la oración.

El padre Alfonso Torres señala:

Nada digamos de San Juan de la Cruz. Toda su obra de la *Subida al Monte Carmelo* no dice otra cosa sino ir quitando y negando con un despojo absoluto hasta llegar a la cumbre, para llegar a unirse con Dios en verdadera oración, y así disponer también por si Él quiere dar contemplación infusa.

Despojarse de todo, unirse con Dios en la oración, y de ese modo disponerse, por si Dios quiere dar una gracia especial de la contemplación infusa.

Continúa el padre Alfonso Torres:

Lo mismo exactamente dice San Ignacio en el *Libro de los Ejercicios* —cita el título [21]: «Ejercicios Espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea». Quitar todas las afecciones desordenadas es purificar el corazón, y, una vez hecho esto, San Ignacio supone que el alma automáticamente tendrá oración, hasta el punto de que ya en la segunda semana —en las Reglas de Discernimiento— pone algunos avisos para los que reciben gracias místicas.

Es decir, San Ignacio supone que el corazón que se desprende de los afectos desordenados, se dispone a la oración, entonces, ya empezará a tener un contacto íntimo con Dios y por eso da avisos para quienes puedan recibir gracias místicas.

Termina diciendo el padre Alfonso Torres en parte de este retiro que les predicaba a las Carmelitas:

Ya ven que es doctrina de los grandes santos. Un alma pura tendrá grande oración, y un alma enredada en cosas de la tierra o en sí misma no tendrá verdadera vida de oración hasta que de veras procure purificarse.

No está en los métodos, no está en las posiciones, no está en la respiración. Está en purificar el corazón, es decir, en **ordenar nuestro corazón hacia Dios**. Tenemos entonces que trabajar en esta purificación.

⁸ SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, cap. 32, 9.

TRABAJAR EN UNA CUÁDRUPLE PUREZA

Exactamente esto que venimos diciendo —que dice el padre Alfonso Torres— es lo mismo que señala el padre Eugene Boylan en ese libro sobre las *Dificultades en la Oración Mental*⁹, donde él habla de una cuádruple pureza. Explica el padre Boylan:

Pero las mayores dificultades en la oración, y los mayores obstáculos para su progreso, radican, al margen de la oración, en la condición general de nuestra vida espiritual. De la sinceridad de nuestro propósito, de la verdad de nuestra lealtad, de la autenticidad de nuestro amor, de todas estas cosas realmente depende en gran medida nuestra oración. Todo lo que puede favorecer o echar a perder la amistad y su intimidad favorecerá o echará a perder la oración.

Las disposiciones fundamentales de donde emana la oración y de las que depende su progreso **son la humildad y la confianza y una sed y necesidad de Dios que se revela en la búsqueda que de Él hacemos en la oración**, y, de hecho, haciendo en todos los momentos su divina voluntad.

Tener esa **sed de Dios**, buscar hacer la Voluntad de Dios, eso es lo que nos dispone a la verdadera oración.

Continúa diciendo el Padre Boylan:

La oración no se desarrollará, a menos que el alma avance hacia la cuádruple pureza de conciencia, de corazón, de mente y de acción.

1- Pureza de conciencia.

En cuanto a la primera de éstas, ha de tenerse en cuenta que la oración es una intimidad amorosa con Dios. Esto es imposible si la conciencia está manchada con un hábito deliberado de pecado. Incluso una infracción habitual de una regla, en la que deliberadamente persistimos después de haberlo advertido, hace imposible que intentemos mirar a Dios a la cara.

Muy hermosa expresión esta: **«aprender a mirar a Dios a la cara»**.

Por eso es tan importante que ... toda alma que desee adelantar, intente mirar a Dios a la cara con toda reverencia, al menos una vez al día, sin precipitarse en una forma de oración vocal.

Es decir, muchas veces cuando llegamos a la oración, vamos a comenzar el Rosario o alguna oración vocal —en el sentido de nosotros empezar a hablar— antes de eso, tratar de poder mirar a Dios a la cara, tener un cruce de miradas, poder sostener la mirada, porque tenemos la conciencia pura, limpia, porque no tenemos un hábito deliberado, consentido, de pecado.

Continúa el padre Boylan:

En su estado perfecto, la pureza de conciencia consiste en **una firme disposición de la voluntad de no consentir nunca deliberadamente ninguna ofensa contra Dios ni**

⁹ cf. E. BOYLAN, *Dificultades en la Oración Mental*, Patmos Ser, Rialp, Ediciones, S.A., Madrid 2015, 46-48.

alejarse de su santa voluntad, y de tal modo que tan pronto como se vea que algún acto se opone a la voluntad de Dios se reprima inmediatamente.

2- Pureza de corazón.

La pureza de corazón consiste en guardar sólo para Dios todos los afectos del corazón. No basta romper todas las ataduras pecadoras, pues si nuestro corazón está dividido por una tendencia desordenada, incluso a recreos legítimos, a nuestro trabajo, a personas o a cualquier otra cosa, no podemos decir que amamos a Dios con todo nuestro corazón. Siempre habrá tendencias en el corazón humano, pero tienen que subordinarse a Dios y a su voluntad, de suerte que nunca puedan usurpar su lugar como fuente principal de nuestras acciones.

Claro que podemos tener otros afectos, pero subordinados, por debajo del amor de Dios.
Lo que no podemos tener es competidores que dividan el corazón.

La vida espiritual es un asunto amoroso con Jesucristo; nos ha dado su corazón entero, vertiendo por nosotros la última gota de su sangre en la agonía de la muerte en la Cruz, y pide todo nuestro corazón y no podemos rehusar querer, al menos, dárselo todo a Él. Sin esta buena voluntad es imposible permanecer en amoroso silencio ante Nuestro Señor. Nada oscurece tanto nuestra mirada a Dios, nada debilita tanto nuestro deseo de Dios, nada aminora tanto nuestro esfuerzo por Dios, nada nos ensordece tanto al escuchar a Dios como *una simple tendencia desordenada. Ésta es la gran fuente de nuestras dificultades en la oración.*

Y los efectos funestos de estas tendencias no se limitan a esta oración simplificada de silencio. El «acto» primero que intentamos hacer en la oración suena a hueco y a falso en nuestros mismos oídos tan pronto como tenemos conciencia de que estamos dividiendo nuestro corazón entre Dios y sus criaturas.

Nos pasa muchas veces, vamos a decirle a Dios que lo amamos, pero sabemos que en verdad tenemos otros amores por delante del amor de Él y por eso nos suena como hueco como falso.

Y no podemos intimar con Dios después de que Él nos ha señalado algunas de esas tendencias que disminuyen el holocausto; pues Dios es un Dios celoso, es un fuego devorador.

3- Pureza de mente.

En la pureza de mente incluimos el cuidadoso y constante control de nuestros pensamientos y recuerdos, excluyendo prudentemente todo aquello que es innecesario, frívolo y vano, y recordando constantemente y en forma gradual a Dios y a sus obras.

Tener a Dios como el telón de fondo de nuestros pensamientos siempre.

Ésta es también una de las mortificaciones más importantes para aquellos que quieren progresar en la vida espiritual, y mucho más efectiva que la mayoría de las mortificaciones penitenciales de la carne. De hecho, sin ella la penitencia corporal es casi inútil. Esta mortificación interna se deberá extender al control de nuestras emociones, especialmente las de ira, miedo, esperanza, pesar (tristeza) y alegría. El hombre cuya esperanza, amor y confianza están fijadas en Dios no da ocasión a la ira cuando Dios le envía pruebas o cuando la gente prueba

su paciencia hasta el límite, ni teme vanamente por la providencia amorosa de Dios, que sabe abarca cada detalle de su vida.

No tiene miedo, porque se confía a la providencia de Dios.

Ni tampoco el pesar por las pérdidas materiales penetra profundamente en su corazón cuando abunda en la riqueza de Dios; y las alegrías de esta vida le parecen triviales, e incluso sin valor, a quien conoce la delicia del amor de Dios.

4- Pureza de acción.

La pureza de acción, que se suele llamar pureza de intención, consiste en una continua vigilancia de los motivos que animan nuestras acciones, y en un constante esfuerzo por actuar sólo por amor de Dios y de acuerdo con su Voluntad.

En esa recta intención de querer agradar a Dios, hacer las cosas por ese motivo, no dejar que se mezclen segundas intenciones.

Exige una guerra incansable contra el amor propio que busca siempre inspirar todos nuestros actos.

Siempre el amor propio quiere sacar partida, quiere sacar tajada; por eso dice el Padre Boylan, por ejemplo:

Quando un religioso ha entrado en la vida religiosa y es un fiel observante de la regla, el progreso ulterior se ha de buscar no haciendo violentos esfuerzos para ejecutar acciones extraordinarias, sino poniendo una pureza de intención siempre creciente en las tareas ordinarias de la vida cotidiana.

Muchas veces el trabajo que hay que hacer no es tanto de hacer cosas extraordinarias, sino de cada vez purificar más la intención en las cosas que hacemos cada día que, tal vez, antes hacíamos por respeto humano o por sentirnos bien; ahora hacerlas por amor de Dios, **cada vez rectificando más la intención.**

Este es el camino más seguro, y de hecho, con excepción de casos muy especiales, es el único camino para cumplir aquella ley de perfección cristiana que San Juan Bautista dejó bien establecida: «Él tiene que crecer, yo tengo que decrecer»¹⁰.

Quando uno busca rectificar la intención, **Jesucristo crece en nosotros y nuestro amor propio disminuye.** Por el contrario:

El procurar nuestro propio honor, nuestra propia comodidad indebida, nuestro egoísmo, por muy encubierto que esté con la excusa de motivos altruistas o la búsqueda de una santidad más alta se opone directamente a aquella norma superior que nos dio Cristo de negarnos a nosotros mismos y seguirle¹¹.

No hacer las cosas por amor propio sino por amor de Jesucristo.

¹⁰ Jn 3, 30.

¹¹ Mt 16, 24.

Un ejemplo hermoso de lo que es tener un trato de amistad con Dios con un corazón puro lo encontramos en una crónica del P. Segundo Llorente, S.J., misionero en Alaska, que titula *Solo ante el Sagrario*¹²:

Las noches de Bethel —nombre de la aldea donde misionaba— son siempre deseadas por el misionero para darse la gran satisfacción de poder conversar con Jesucristo ante el sagrario después de haber rezado el breviario, el rosario y el vía crucis con las tres consabidas indulgencias plenarias que la santísima Virgen se encargará de aplicar según ella vea ser de la mayor gloria de Dios... En aquellas horas nocturnas en que la gente va de cine en cine y de bailoteo en bailoteo es un privilegio inmenso poder hacer compañía a Jesucristo delante del altar. A la larga Jesucristo y el misionero son como si los dos no fueran más que uno.

Habla de una hermosa amistad. Ya rezó todas las versiones vocales, pero él disfruta de hablar de amistad. Escuchen lo que va a decir ahora:

¿Por qué todos han de tener músicas y nosotros hemos de estar siempre callados? A Jesucristo le he entretenido yo con el acordeón y lo considero una de las acciones más puras de mi vida. Con el órgano también; pero esto se sobre entiende.

El órgano es un instrumento litúrgico; pero, ¡tocarle el acordeón a Jesucristo! ¡Esto es amistad!

Con el acordeón y a solas ya es otra cosa. El gozo de estas tertulias no es para describir, sino para sentirlo... La vida espiritual e interior, la vida de unión con Dios no puede ser cosa más fácil. A Jesucristo se le hace tomar parte en todo y eso es todo.

¡A Jesucristo se le hace tomar parte en todo y eso es todo!

COROLARIOS:

El padre Alfonso Torres señala como dos corolarios o dos consecuencias de toda esta doctrina que venimos hablando, de este trato de amistad con Dios purificando el corazón:

- * La oración es un camino absolutamente personal; por eso el mejor modo de oración es el que Dios quiere para mí.

No tengo que andar buscando otros caminos, comparándome con otros. Muchas veces cometemos ese error. Está muy bien leer la vida de los santos, pero después queremos tener el camino de oración que tuvo ese santo. ¡No! Cada uno tiene un camino de oración propio, es algo personal.

- * Equilibrar cuánto esfuerzo debo poner yo en la oración y cuánto debo dejar actuar a Dios.

En esto hay dos errores principales —dos extremos— que tenemos que evitar en cualquiera de estos caminos:

- El exceso de pasividad. No hacer nada en la oración. Cuando no se encuentra a Dios, lo que Él quiere es que le busquemos con nuestro esfuerzo.

¹² P. SEGUNDO LLORENTE, *40 años en el círculo polar*, Ediciones Salamanca 2004, 364 – 365.

Yo tengo que preparar la oración, tengo que tener cierto método. En los Ejercicios tengo que hacer los preámbulos, porque es lo que tengo que poner de mi parte; pero tengo que después ser dócil a la acción de Dios.

- El exceso de actividad. No dando lugar al Señor para que obre en el alma, queriendo el alma tener la iniciativa de su oración y de su camino de oración.

Cuando yo no dejo hacer nada a Dios, cuando ya tengo la formulita aprendida, tengo el método establecido y lo repito sin dejar espacio a que Dios me lleve a otra cosa, me cambie, me hable de otro modo.

Por eso dice padre Alfonso Torres:

La iniciativa hay que dejársela a Dios, que es el que escoge el camino de nuestra oración; lo único que a nosotros toca es tener docilidad suma, absoluta, para aceptar, abrazar y emprender el camino por el que nos llama, y esto sin preferencia propia y sin ningún prejuicio.

Hay que evitar el error de etiquetar los diferentes caminos y métodos: este es de principiante, aquel de místico, este es de religiosos contemplativos, aquel de apostólicos.

Es decir, este es un camino de principiante; o este es un método para una persona adelantada; a éste, oración sólo de novicio; a estos, oración de persona casada. Claro que hay particularidades propias de cada estado, pero no podemos poner una etiqueta como si fuese un prejuicio.

Los grandes santos y sabios no desdeñaban ningún camino que les llevase a Dios.

Lo único que importa es que mi camino sea el camino que Él quiere para mi alma y no el que a mí se me antoje.

Señala el padre Alfonso Torres con muchísima experiencia en el trato con religiosas y personas de oración:

Hay almas —parece ridículo, pero crean que es cierto— que no están satisfechas si no encuentran en cada meditación un pensamiento bello que la resuma.

Es decir, el fruto de tener un pensamiento bello.

Otras, si al acabar la meditación no pueden analizar lo que hicieron en ella, creen que no han hecho nada. Lo mismo sucede si no sacan de la oración un propósito señalado, tangible, material, aunque luego no lo cumplan, en vez de contentarse con sacar el acercamiento del corazón a Dios, que es lo principal.

¡Hermosísima expresión! ¿Qué es lo principal de la oración? Crecer en amistad, **el acercamiento del corazón a Dios**, estar un poquito más cerca, amarlo un poco más, querer más hacer Su Voluntad.

Nosotros muchas veces medimos la oración por los frutos del pensamiento, si entendimos algo nuevo, si tuvimos una luz o si tuvimos una consolación. No es eso. Por eso es un error pensar que no hemos hecho nada si no se dan esos frutos. Hemos hecho, si hemos buscado a Dios, y nuestro corazón se ha acercado un poquito más.

UN PELIGRO A EVITAR: LA VANIDAD EN LA ORACIÓN

El padre Alfonso Torres también señala otro peligro que hay que evitar: la vanidad de averiguar qué grado o qué tipo de oración tengo.

Dice el padre:

La tercera consideración **es contra el anhelo o la manía de averiguar en qué grado de oración está mi alma**, en qué estado de los que describen los libros, en qué altura del monte o en qué morada de Santa Teresa.

Como si fuesen casilleros; o un cuadro: a ver yo, en qué parte de este cuadro estoy; en qué morada de Santa Teresa estaré, en la tercera, en la quinta.

Se fabrica uno como un catálogo, como un fichero (aquí: oración de recogimiento; un poco más arriba: de quietud, etc.), y ¡a ver en cuál de las casillas estoy! Esto, que quizás parezca un deseo santo, un interés por la santificación, es una curiosidad vana, y no sólo vana, sino hasta perniciosa. Por de pronto, es una manera de ocuparse de sí, de entretenerse inútilmente con las propias cosas, porque, ¿de qué me serviría a mí saber si estoy aquí o allí?

«Quizás parezca un deseo santo»: Es bueno querer saber si estoy progresando o si estoy retrocediendo.

Muchas veces nos olvidamos que es un trato de amistad la oración. Yo tengo que preocuparme por los intereses de Jesucristo, tengo que preocuparme por lo que Él quiere, por conocerlo a Él, por amarlo a Él, no tanto por dónde estoy yo; por eso es inútil, es vano y es peligroso, porque me encierro en mí mismo.

Lo único que me sirve es esforzarme más y más por Dios cada día; lo demás es abrir la puerta a la ambicioncilla espiritual (por ejemplo, la de querer mercedes sobrenaturales), al desaliento (si lo que creo es que no salgo de los primeros pasos), a la vanidad (si me parece que tengo grandes cosas, si esto que siento será o no será tal gracia mística, etc.), a llenarme de mí; en fin, a pasarme la vida revolviendo mis pequeñeces.

Esto lo hacemos muchísimo: revolver en pequeñeces porque nosotros somos una pequeñez.

Dice el padre Alfonso Torres:

Pero no es eso sólo. Es además la pendiente por donde un alma puede llegar a hacerse una ilusa, que es cosa terrible. Miren: una ilusa de esta clase no se convierte sino por un milagro.

Alguien que piense que tiene una oración muy elevada no busca convertirse. Alguien que vive en esa ilusión no busca mejorar porque se estanca.

No pretendamos, pues, indagar, escudriñar, analizar, discernir nuestra oración. Lo único que hay que buscar en ella es el reino de Dios y su justicia, como dice el Evangelio; que salga de la oración un alma purificada y que vaya a Dios por el camino que Él quiera. Esta es la voluntad divina y nuestra única tarea; lo restante nos lo dará El, si quiere, por añadidura.

Lo importante en la oración es buscar a Dios y encontrar a Dios, es tratar de amistad con Dios, estando a solas con quien sabemos que nos ama, como decía Santa Teresa de Ávila.

CONCLUSIÓN.

Para terminar, podemos sacar luz de una frase de Nuestro Señor Jesucristo en la Última Cena: «*Viene el Príncipe de este mundo, y en mí no encuentra nada que le pertenezca*». (Jn 14, 30)¹³

Esta frase dicha instantes antes de la Pasión revela secretos inefables del Corazón Sagrado de Cristo, y nos enseña el camino más puro para la oración. Nuestro Señor va a la Pasión a hacer verdadera oración, va a ofrecer el acto de culto más puro a su Padre, su Sacrificio en la Cruz. Y sabemos por la Resurrección que el Padre aceptó su oración, su entrega, como un aroma agradable¹⁴. ¿Por qué lo aceptó así? Justamente por lo que Jesucristo dice en esta frase: «*Viene el Príncipe de este mundo, y en mí no encuentra nada que le pertenezca*»¹⁵.

¿Qué significa esta afirmación del Señor? Que en Él no hay nada que le pertenezca a Satanás. Y, ¿qué le puede pertenecer a Satanás? Lo primero que Satanás encuentra que le pertenezca en un alma es **el pecado**. En Jesucristo no hubo pecado nunca.

Pero, ¿no hay nada más que Satanás pueda encontrar en un alma? En un sentido más general, podemos decir que hay otras cosas que pertenecen a Satanás, y eso es lo que nosotros llamamos «los apegos de las almas», los **«afectos desordenados»**.

Lo que Jesucristo está diciendo, es que en Él no hay pecado, no hay tampoco ningún afecto desordenado, y que por eso con un Corazón puro ofrece el Sacrificio más puro y agradable a Su Padre. La oración de Cristo, su sacrificio, fue agradable a Dios porque no había en Él nada que pertenezca a Satanás, ni en la Pasión ni nunca. Toda su Vida fue libre, con un Corazón absolutamente puro.

Termina diciendo el padre Alfonso Torres:

Recordemos siempre que, en la oración, lo único que importa es «encontrar a Dios», como decía Santa Angela de Foligno, que es un término muy claro y expresivo; encontrarle aunque sea en sequedad, aunque sea en desolación; buscarle con el corazón purificado, desprendido de todo, entregado por completo; Si no lo encuentro, ¡a purificar el corazón, a ser dócil a su camino; a encontrarle a toda costa! Pues el corazón puro ve a Dios. Así la vida de oración será verdadera y fructuosa. A muchos parecerá este camino de ignorancia, pero es el camino de la sabiduría de Dios, de la santa sencillez del Evangelio. Por él se tendrá buena oración, aunque sea la de la cananea, reconociéndose como un perrillo y porfiando humildemente con el Señor hasta arrancarle sus gracias; aunque sea con el sencillo *No tienen vino* de la Virgen en Caná; aunque sea sólo con un pedir misericordia, como el ciego de Jericó: *Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí*; aunque sea entre angustias de muerte, como en el huerto: *Si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya*¹⁶.

Así será buena la oración cuando «tratando de amistad» unamos nuestra voluntad a la de Dios, y podamos siempre decir con María: «*Hágase en mí según tu palabra*». (Lc 1, 38)

¹³ cf. P. ALFONSO TORRES S.J., *Obras completas*. Tomo VII..., p. 17 – 24.

¹⁴ cf. *Sal* 141, 2.

¹⁵ cf. P. ALFONSO TORRES S.J., *Obras completas*. Tomo VII ..., p. 17-24.

¹⁶ *Idem*, p. 236 -237.